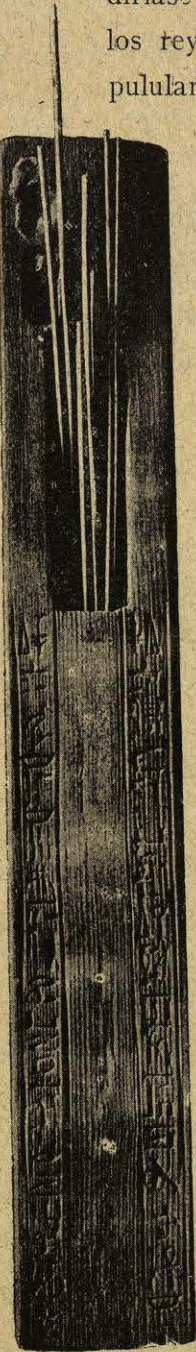


el antiguo Egipto; no nos ha quedado ninguna construcción civil; diríase que no existió nada en ese mundo antiguo fuera de los reyes y de los sacerdotes. Ciertamente los hombres pulularon en el fértil valle, pero fueron considerados como una multitud hecha para la servidumbre. Hasta las condiciones mismas del medio geográfico han querido que las ciudades no hayan dejado huella de su existencia como organismo colectivo. Situada en un valle lineal, que se desarrolla como un hilo sinuoso del Sud al Norte, las ciudades de Egipto no tenían que temer el ataque de sus vecinos; los escasos Beduinos de los vallecitos laterales, abiertos a derecha y a izquierda del Nilo en las montañas próximas, no hubieran osado atacar las poblaciones tan densas de la llanura. Las ciudades no habían tenido necesidad de adquirir una individualidad precisa, limitada por una cintura de murallas. Las aglomeraciones urbanas de Egipto diferían respecto a este punto de las ciudades de la Caldea, que tuvieron que fortificarse poderosamente, como refiere Herodoto, a causa de su posición muy expuesta en un amplísimo territorio abierto por varios lados: diversos reinos hostiles podían nacer allí sin entrecerse, cambiar sus fronteras, y las invasiones de los montañeses, escalonados al Este sobre las gradas de las mesetas, constituían para las ciudades de abajo una amenaza incesante.

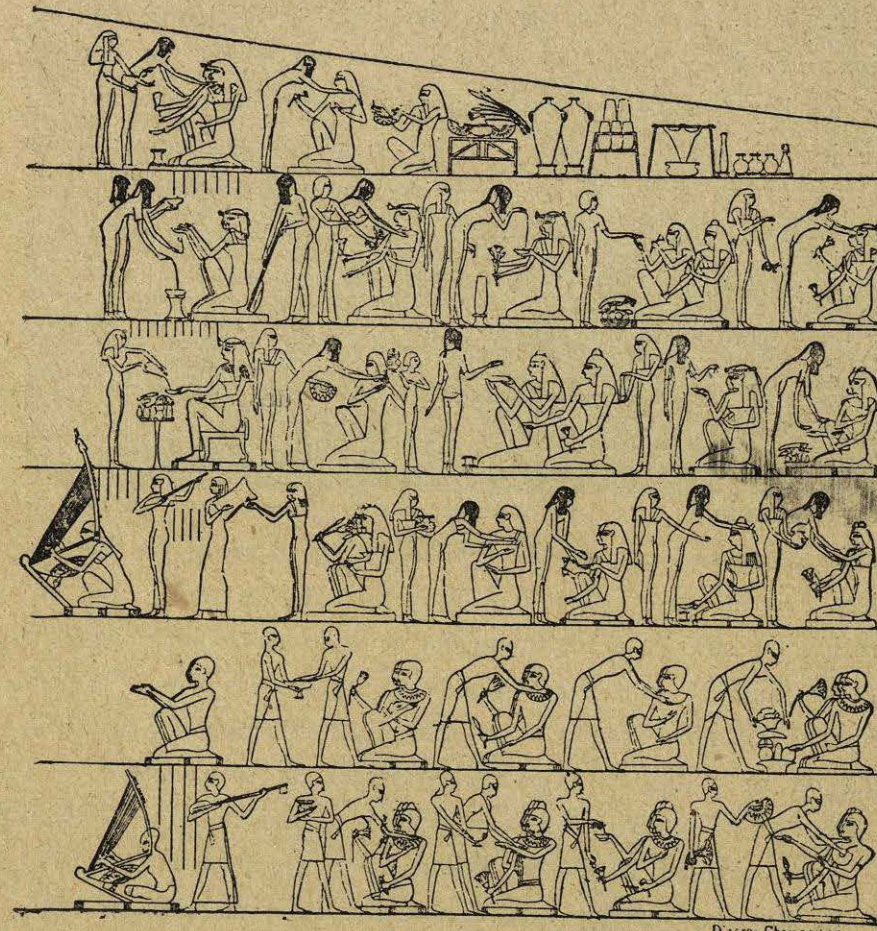


UTENSILIOS DE
UN ESCRIBA

Si han desaparecido las moradas frágiles de las innumerables multitudes que poblaban Egipto, al menos la escuela queda, porque puede considerarse todo el valle del Nilo como una inmensa cátedra, de tal modo está cubierta de inscripciones que contienen las enseñanzas dadas al pueblo por los sacerdotes y los reyes y sobre todo por la ralea de los aduladores

¹ *Natl. Society of Geography*, 1897, p. 173. Washington.

y de los escribas. La manía de la escritura administrativa se había apoderado de todas las jerarquías de funcionarios; los grabadores de inscripciones trabajaban en todas partes; todos los monumentos de Egipto, todas las estatuas, comprendiendo el cuerpo y hasta el rostro, los muebles y los amuletos están cubiertos



DETALLES DEL TOCADO DE UNA DAMA EGIPCIA HACE 3.000 AÑOS,
PINTURA MURAL DE TEBAS

de espesas inscripciones con que pretendían eternizarse los personajes cuyos nombres mencionaban, y que nos imponen en los detalles más insignificantes, como en interminables y repetidas fórmulas. La piedra estaba en aquella época tan cargada de insignificancias, como lo estuvieron después los pergaminos y los papeles. Felizmente los investigadores no se han desanimado por la nulidad de la mayor parte de las inscripciones, por la escasa importancia de casi todos los papyrus, copias de copias y formularios cuyo significado se ha perdido.

Numerosos lectores se ocupan en descifrar esos documentos y a veces, como una pepita de oro hallada en una carretada de fango, se descubren hechos de historia, nombres de lugares y de pueblos, fechas importantes, recetas de química o de terapéutica, palabras de alta moral, pensamientos profundos y nobles sentimientos. Porque no hay que imaginarse, como hay fácil inclinación a hacerlo, que nuestros abuelos tan lejanos en el tiempo, no hayan tenido todas nuestras pasiones, reflexionando sobre los mismos problemas y no hayan sabido exponer su alma con la misma potencia de expresión que nuestros contemporáneos. Algunos de éstos creen haberlo inventado todo, incluso el amor, y ciertas obras de etnología afirman seriamente acerca de tal o cual pueblo que el misterio de la ternura apasionada era allí completamente desconocido. Como quiera que sea, sabemos que los Egipcios, desde el principio de su historia escrita, habían encontrado el lenguaje del corazón; ahora bien, estas palabras, por engañosas que pudieran ser en muchas circunstancias, no hubieran podido ciertamente formularse, si a veces no les hubiera evocado un verdadero sentimiento. Así se recibe una impresión de sincera verdad humana leyendo sobre el estelio del Snefru, hallado sobre una pared de los montes Sinaí, la inscripción que menciona la «esposa del que ella ama» y la «querida de su padre, la hija amada salida de su seno»¹.

Pero en la época en que toda palabra emocionante se sacrifica a las repeticiones de los sacerdotes, a la vanidad de los soberanos, pudo creerse que todo Egipto iba a ser momificado como los cadáveres de sus muertos. Tal es la razón por la cual los Griegos, como hombres tan móviles, tan impresionables a toda novedad, y tan prontos a cambiar ellos mismos, vieron en los Egipcios ese pueblo «inmutable» de que habla todavía Bossuet. Esa impresión primera sentida por los viajeros helenos nos ha quedado, y si toda la decoración ha cambiado a consecuencia de las invasiones extranjeras y de las grandes evoluciones mundiales, es cierto que en muchos conceptos las masas profundas de la población han conservado la marca recibida durante las edades faraónicas. Prácticas ordinarias de la vida, recetas caseras

¹ Bonola, *Bull. de la Soc. Médievale de Géog.*, 1896, n.º 10.



Cl. David Gardiner.

EL NILO EN LUKSOR

y supersticiones se han conservado también de una manera sorprendente a través de todas las revoluciones y cambios de régimen político, de religión y hasta de idioma. Así es como los procedimientos de la medida de las tierras no se han modificado en nada desde los tiempos de los Faraones hasta la reciente dominación británica. Hasta 1890, habiendo tenido que proceder los ingleses al nuevo catastro del valle del Nilo para fijar el impuesto exactamente en proporción de la superficie de los cultivos, hicieron constar que las reglas de medida seguidas actualmente por los campesinos egipcios eran exactamente aquellas cuyas fórmulas, utilizadas hace cuatro mil años, se descifran ahora sobre papyrus encontrados en las tumbas. Algunas de esas reglas dan resultados admirablemente aproximados a las operaciones matemáticas exactas empleadas en el día¹.

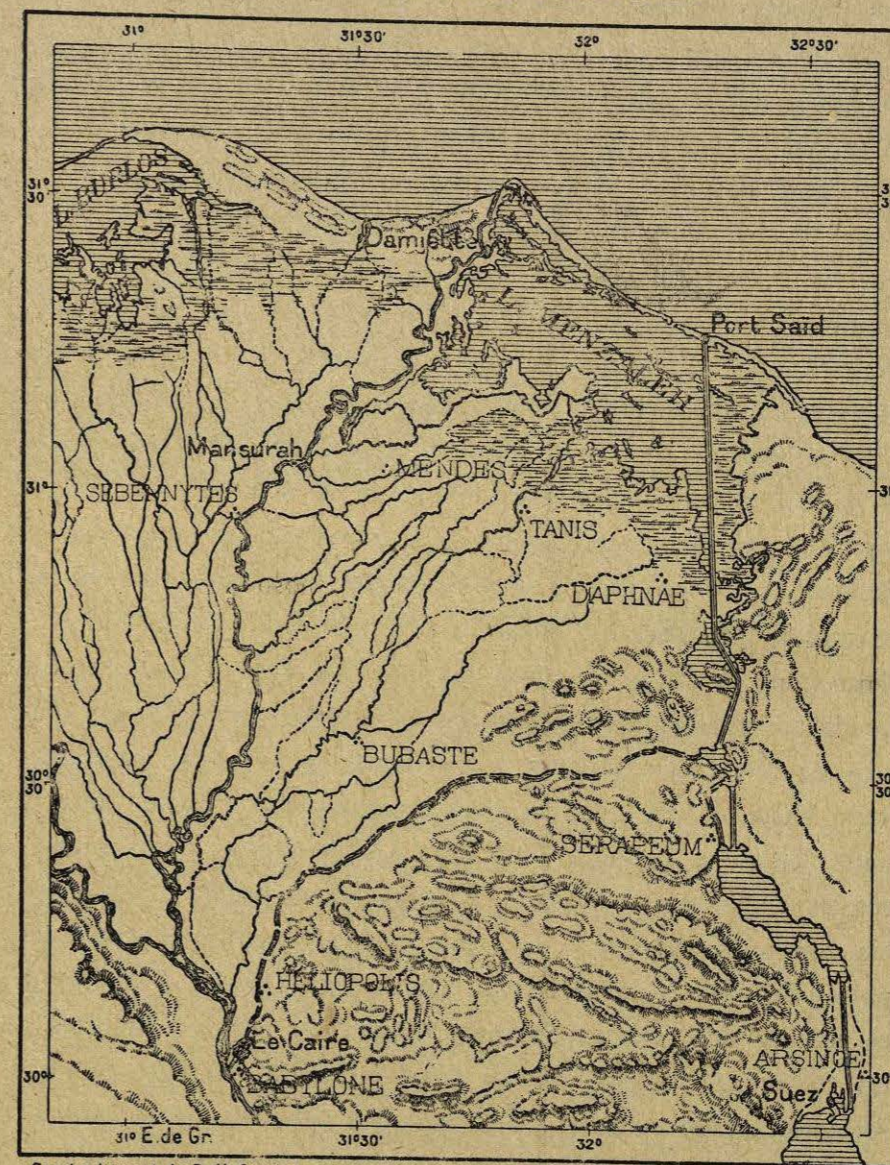
Si la historia marcha con paso lento en aquellas comarcas cuya población, a consecuencia del medio natural, se ve sujeta durante la sucesión de los siglos a la continuación tradicional de los

¹ H. Brugsch, *Aus dem Morgenlande*, págs. 25 y siguientes.

mismos trabajos agrícolas, marcha no obstante, y, bajo la presión de los pueblos circundantes, el mismo Egipto no cesó de evolucionar, unas veces en un movimiento de progreso, otras regresivamente. Siempre a consecuencia de la fascinación que ejerce sobre la posteridad lo dicho por los autores griegos, pasaba aún ayer por axioma histórico que Egipto no se había abierto al comercio internacional antes de la época del primer Psamitik, es decir, hace veinticinco a veintiséis siglos; pero abundan los testimonios históricos para probarnos que, mucho antes y en diversas ocasiones las alternativas de los acontecimientos y el poder de los intereses en juego habían puesto a Egipto en relaciones regulares con sus vecinos, y desde luego los orígenes mismos de la nación, no pueden concebirse de otro modo que por la llegada de extranjeros del Norte y del Mediodía estableciéndose en el valle del Nilo, entonces pantanoso y forestal, para conquistar gradualmente el suelo y ponerle en estado de defensa contra las crecidas del río, a la vez deseadas y temidas.

Las tumbas de los primeros reyes contienen en gran número objetos que, no siendo de procedencia egipcia, fueron necesariamente introducidos por la vía del comercio; la duda no es ya posible a este respecto: los Egipcios tuvieron indudablemente desde las primeras edades, relaciones directas o indirectas con las poblaciones de Etiopía, de Libia y de la Arabia próxima. Ciertamente hubiera sido muy extraño que un pueblo establecido sobre la orilla de un río que hacía del transporte incesante de los productos una condición esencial de la vida nacional, pudiera detener bruscamente su tráfico en todas sus fronteras, y hechos numerosos, comprobados por los arqueólogos, han demostrado, en efecto, que el movimiento del comercio, propagándose a lo lejos no podía ser reprimido. Así, las «maderas faraónicas», es decir, las tablas de los ataúdes halladas en las excavaciones de las necrópolis reales pertenecen, a lo menos en parte, a unos árboles en los cuales el examen microscópico ha permitido reconocer con certidumbre al tejo común (*Taxus baccata*). Ahora bien, esta especie no existe en Egipto, y hasta no puede existir allí «en razón de sus exigencias biológicas»; era preciso, pues,

N.º 147. Comunicaciones intermarítimas



Según Linant de Bellefonds y otros.

1: 1500000

0 10 50 100 Kil.

El canal del Nilo al mar Rojo por el lago Timsah y los lagos Amargos está indicado por un triple rasgo discontinuo; el canal marítimo reciente por un triple rasgo continuo.

No se sabe a qué lejana época debe remontarse la existencia del primer canal; entre otros soberanos, Seti I, Ramsés II, Níko II, Darío, Ptolomeo Filadelfo, Trajano y Amun, unieron su nombre a esta obra.

que esa madera fuese importada de un país extranjero que, según los datos de la geografía botánica, no podía ser sino la Cilicia. He ahí, pues, una prueba positiva de que existía cierto